

Te sientes rara hasta al despertar y no tener una mosquitera encima. Qué cosas. Ducha de agua caliente. Y no, esta vez puedes estar tranquila, habrá agua, no se te cortará a medio aclarar. Y mientras tanto, recuerdos que te vienen constantemente a la cabeza, difíciles de explicar con palabras.

Ouidah. Primera etapa. El impacto más fuerte. El centro de niños discapacitados de las hermanas Agustinas. Orfanato a la vez. Niños con diferentes enfermedades, pequeños y mayores, de todas las edades. Vas de valiente, ya has estado en África antes. Guinea te hizo fuerte y crees que puedes ver cualquier cosa ya. Pero no, nunca estás lo suficientemente preparada. Y esta vez no va a ser una excepción. Te habías imaginado como sería, te habían avisado que sería difícil.

Desde el momento que entras al centro, se te acercan niños corriendo locos de contentos por que los toques. Sólo eso. No necesitan mucho más. Sólo tu cariño. Maxime, siempre el primero en llegar, era feliz con que le cogieses la mano, nada más.

Con la curiosidad de quien llega por primera vez a un sitio, observas detenidamente todo lo que te rodea. Empiezas a impresionarte. ¿Qué le pasa a ese chico? Sentado y apoyado sobre sus rodillas, con la cabeza entre sus brazos, no cambia de posición. Consigues que alce un poco la cabeza. Te regala una sonrisa sincera. Es ciego de un ojo. ¿Y a ese otro? Atado con unas cuerdas por los pies a una pared. Misma posición todo el día. Sentado, tumbado a veces, llevándose a la boca cualquier cosa que encuentra cerca y con una especie de tic nervioso en una mano. Régis. Una silla de ruedas y en ella uno de los chicos "mayores". Mirada perdida. Comiéndose las manos constantemente. Sientes pavor al verlas llenas de llagas y heridas. Intentas que no lo haga, pero es inútil. De repente, aparece María con una niña en brazos. Delgadez extrema. Con una enfermedad que hace que constantemente se coma las manos, que tiene en carne viva. Llenas de llagas. Eso le hace vomitar todo lo que come y de ahí su delgadez. Te cuesta asimilarlo. Niños por todas partes, niños enfermos que gritan, pero de alegría. Han llegado los voluntarios y eso conlleva juegos y diversión. Salir de su rutina. Te fijas en los pequeños del orfanato. Felices, sin parar de sonreír ni un segundo. Sin dejar de jugar. Te regalan sus sonrisas, con esos dientes blancos que iluminan sus rostros morenos. Ya los quieres, desde el primer día.

Hora de comer. La mayoría sentados en el suelo, algunos en un banco. Otros en el pequeño comedor del centro. Moscas, moscas por doquier. Niños comiendo con las manos de un plato o de una especie de cacerola. Gevinou, el más pequeño, no deja que nadie le ayude. Él puede solito. Otros, más enfermos, necesitan nuestra ayuda. Le das de comer, esta vez a Thérésè (Tété). Sientes que sirves, que estás ayudando, pero en realidad no estás preparada para esto.

Hora de irse a dormir. Entrar en sus cuartos. Flipar en colores. Ocho niños en una misma y pequeña habitación. Los más suertudos tienen cama y colchón. Otros cama y una especie de esterilla de paja (sin colchón). Los más desafortunados duermen en el suelo encima de una alfombra. Mosquiteras que son auténticos coladores. Por uno de sus agujeros te cabe hasta la mano para acariciar a tu pequeña Clarisse. Y siguen sonriendo. Y te da rabia. No entiendes. ¿Cómo lo hacen para ser felices y no llorar con estas condiciones? Te rompes, sin que se te note ¿Y tú te quejas? Parece decirte una

voz en tu cabeza. Te sientes desagradecida. Empiezas a valorar de verdad. Podrías haber sido una de ellos. Ser huérfana y vivir en esas condiciones. Pero tienes suerte de haber nacido en un país desarrollado. Como si tuvieses más derechos que otros por eso.

Los días en el centro pasan, y aunque son pocos, los exprimes al máximo. Pierdes la cuenta de cuantos niños huérfanos y enfermos puede haber en total. Te preocupas únicamente de jugar, divertirlos, hacerles que olviden por unos días sus problemas, y ayudar a las hermanas en todo lo que necesiten. Pero las despedidas siempre llegan. Y se te cae el mundo al suelo cuando te llega tu niña, Clarisse, el penúltimo día y te dice "sé que os vais mañana. Quiero irme con vosotros". Y desde entonces su rostro cambia. De ser la más risueña se vuelve triste, con la mirada todo el rato perdida. De vez en cuando llora. Y ni las cosquillas sirven para robarle una sonrisa. La acuestas en su cama. Te despides de ella, sabiendo que es a la que más te va a costar decir adiós. Una parte de ti se queda con ella.

Dejas Ouidah para poner rumbo a Nikki. Segunda etapa. En el autobús de vuelta de las agustinas todos en silencio, pensando en lo que dejamos atrás. A algunas se les escapan unas lágrimas, imposibles de contener. Tras doce horas de viaje, llegamos a Nikki, al colegio Notre Dame du Mont Carmel. Las dos semanas restantes las pasas aquí dando clases, por la mañana de español y por la tarde de inglés, con alguna que otra hora de informática. Cansados, nos dormimos, con la ansiedad del próximo día. Nuevos niños, nuevas caras, nuevas cosas que enseñar.

En Nikki los días son parecidos, con la salvedad de que aquí no existe reloj. El tiempo es siempre relativo. Los famosos "dos minutos" del Padre Aurelio. O quedar a una hora y añadir "en horario beninés". Perder la noción del tiempo. No saber ni en que día vives.

Los días vuelan. Clases mañana y tarde. Tu clase la de 5ème. Casi los más pequeños. El primer día y ya les coges cariño. Tratas de memorizar sus nombres. Una tarde, Moïsse, llega con mala cara. Cierra las ventanas y se pone la sudadera. Te extrañas, pues hace un calor sofocante. Se tumba en el último banco de la clase. Empieza a tiritar. Le tocas la frente. Arde. Llamas al director. Se te había olvidado que existe la malaria. Otro impacto. Tres veces a la semana por lo menos hubo niños con fiebre, tiritones y frío. Con el tiempo, hasta deja de sorprenderte. Te acostumbras a este tipo de situaciones, y eso es lo que más miedo te da. Te cuesta entender su actitud. Les preguntas si están bien, y siempre te contestan que sí, a pesar de que la evidencia es otra. Les dices que se vayan a casa, que están enfermos. Te contestan con un "no por favor, no llames al director, no me quiero perder esta clase. Quiero quedarme". Otro impacto más. Y en España buscando cualquier excusa para "hacer la rata". Y tú quejándote de que tienes mucho que estudiar. Otros queriendo aprender aun teniendo 40 de fiebre. Ante su negativa, no te queda otra que llenar el dispensario de niños con diferentes dolores y volver loca a Fátima, farmacéutica a la que después de este viaje le homologarán el título de medicina también.

Les coges cariño. Dos semanas y te han robado el corazón. Y aunque a veces te volviesen loca y sacasen de quicio con sus travesuras, los echas de menos. Ycham.

Salem. Taheck. Assane. Nawaliath. Wassilatou. Moïsse. Semi. Salim. Mireille. Alfred. Djalilou. Rabiath. Latifou. Djarab. Dieudonné.

Sales del colegio, vas al centro de Nikki y cuesta creer lo que tus ojos ven. Pobreza por todas partes. Casas de barro, adobe y tejados de latón, madera o paja. Gallinas, gallos, cabras y vacas por todas partes. Como si de perros o gatos se tratase. Gente risueña, que te saluda feliz. Niños gritando alegremente "Batoures, Batoures" (que significa blanco en Bariba). Conocer el hospital, otro impacto y de los fuertes. Sales de él deseando que no te pase nada grave y así no pisarlo nunca más. El mercado, pobreza extrema. Niñas pequeñas con cacerolas en la cabeza vendiendo cualquier cosa. Observas a las madres. Te cuesta interpretar sus rostros. Parecen tristes, pero les sonríes y te devuelven la mejor de las tuyas. Te choca. Personas fuertes donde las haya.

El centro de las hermanas Capuchinas. Impacto fuerte. Fortísimo. Un centro de niños desnutridos, que acoge a sus madres también. Las cuatro monjas que lo llevan, se dedican a cuidar a madres y niños, a los que no dan el alta hasta que no están sanos. Es difícil describir con palabras lo que ves y sientes allí. Tanto que te hace llorar. Impotencia. Rabia. No hay derecho. ¿Qué mal han hecho esos niños para estar así?. Es horrible, tremendamente horrible. Y nuevamente, te sonríen, todo el rato. Madres alegres. Te cuesta creer que todo esto sea verdad. Quieres creer que es una pesadilla, que no es real.

África. Ese lugar dónde recibes más de lo que das. Ese lugar que te invita a pensar. A reflexionar. A valorar. A relativizar. A entender verdaderamente la definición de problema (y no lo que tú creías que hasta entonces lo era). A saber lo que de verdad importa. Qué de cosas nos restan felicidad, cuando en realidad se necesita muy poco. Lo más importante es inmaterial. Ni Ikea ni leches. Nada como África para amueblarnos la cabeza.

Regresas a casa y no te has terminado de despedir pero ya echas de menos a los voluntarios. Esa pequeña gran familia que ha unido Benín. Padre Aurelio. Isa. Eu. Andrea. María. Bea. Ana. Sofía. Alba. Javi Mada. Pepa. Fátima. Javi Soto. Silvi (o bien Aleluya). Santi. Vero. Rocío. Laura. Antonia. Quique. Gracias por hacerlo posible. Gracias a todo el equipo de Fundebe, son increíbles.

No es fácil volver a España. A tu rutina. Volver a adaptarte. Después de cada viaje, no vuelves siendo la misma. Algo en ti, por pequeño que sea, ya ha cambiado. Tu percepción de la vida no es la misma. Tus prioridades cambian poco a poco. Y lo único que piensas es en regresar. Porque aún queda mucho, muchísimo por hacer. Y a ti, todo lo hecho hasta entonces te sabe a poco.

"Dar, dar hasta que duela. Y cuando duela, dar todavía más"

María GÓMEZ (Córdoba)